

Escuelas de aquí arriba

La Labor de Doña Piedad

COMO el barrio de la Estación, a pesar de su vitalidad, ha estado señalado hasta hace poco con el signo de afueras del lugar, las escuelas se concentraban allí abajo, como la vida toda y por aquí hubo siempre pocas, y de las pocas, la primera y la mejor la de D.^a Piedad. Como escuela formal se abrió después, del Cristo para acá, la de D. Demetrio, menudo y cascarrabias, y pare usted de contar, porque las demás lo fueron de «cagones» según el decir general.

Mujer comprensiva y tolerante halló el mejor medio en una vecindad campesiana y optimista, que vivía a la buena de Dios, conforme con las estrecheces y las flaquezas y con el destino que marca la muerte como fin. Y a la vida del barrio y a su psicología quedó ligada la suya y la de su familia toda que en él desarrollaron el período central de su existencia.

Doña Piedad,—Piedad Sánchez Aparicio,—vino desde la Alameda por estar su madre,—Doña Matilde,—de maestra en nuestra aldea vecina. Y por los lamedños se conocieron a ella y a sus familiares, aunque su origen verdadero lo fuera Torralba de Calatrava.

Le salieron los dientes en la escuela y tan vinculados mutuamente que aún perduran, a los ochenta y dos años. como el primer día, dientes y escuela, como si el tiempo no hubiera pasado por ellos, más todavía, como si estuviera empezando y con las zozobras e incertidumbres de toda iniciación. ¡Es admirable el caso de esta singular maestra!, que debemos considerar como alcazarena, como ella se siente. No ha envejecido, ni físicamente ni en la profesión, **porque**

no pueda, porque es una gana pan, dice, desde que echó los dientes y esa necesidad de ganar el pan, que no es tan maldición como se cree, no ha podido desatenderla ni un día y por eso se conserva ágil, activa, despejada y dispuesta como si estuviera empezando, porque las mismas dificultades tiene que al comienzo y con la misma desenvoltura las afronta. Su dentadura, fuerte, sana y hermosa, prueba de su buena constitución, le permite una pronunciación correcta, clara y firme que le da aire juvenil en su continuo batallar con los chicos, que no la dejan ni un momento y estando allí y hecho a similar esclavitud, le parece a uno que ahora está, si cabe, más en la escuela que antes y que hasta come y duerme en ella y sobre las mesas en que trabaja, en completa familiaridad con cuantas personas entran y salen, como era aquí antes la vida en el barrio de la Estación. ¡Qué maravilloso ejemplo el de esta mujer singular, casi única!

Graciosamente me dice que se ha plantado en los sesenta años, juzgándolo en relación con las apariencias, porque si dice lo de los ochenta y dos no iría ningún niño a la escuela, pensando los padres que nada les podría enseñar. Observación exacta, fundada en el conocimiento que tiene de la Humanidad.

Yo no sé ni he querido hablar nada de esto con ella, maravillado y seducido por su vivir, qué relaciones habrá tenido o tendrá con la enseñanza oficial, pero si ella, como supongo, fiada en su fortaleza y en la eficacia de su trabajo, no buscó la comodidad de las protecciones estatales, bien merece que el Magisterio, por su propia estimación, ampare y proteja esa vida ejemplar y fecunda, cuya pertenencia le corresponde y podrá presentar siempre con orgullo en los anales de la profesión.

Desde que nació entre los chicos, no tuvo infancia. Ella dice que nació